

VI

Al abandonar el despacho del director, no cabía en sí del asombro. Tres días habían transcurrido desde aquel de la sorpresa; tres días de mortal angustia, en que vagó por las calles, sin arriesgarse á visitar la redacción, temeroso del gesto severo de don Luis, de la mirada adusta que se clavara sobre él, como garra, en la tarde memorable. ¡Estaba maravillado! ¿Cómo pudo realizarse milagro semejante?

La víspera había recibido una carta breve, lacónica, del señor Zayas, citándole para tener una larga entrevista. Acudió balbuceante, con la cabeza baja, seguro de que oiría la condenación de sus amores, que aquel burguesote de viejo tenía sin duda por sacrílegos. ¡Mas cuál no fué su deslumbramiento al percatarse de que don Luis recibíale con la ordinaria complacencia; un tanto serio, es verdad, pero campechanote como de costumbre! Repantigado en su enorme butaca, pasándose la mano por la calva lustrosa, habíale dicho que no se espantaba absolutamente de lo sucedido. ¡Qué diablo! Se es hombre, y claro que cualquiera se siente halagado por el eterno femenino, máxime cuando es bello. Ahora bien; en Mauricio miraba al hombre caballeroso, decente, á quien guía un buen fin en todos sus actos, y como además le constaba que el amor de su hija era decidido por el joven, quería resolver el asunto como mejor cumpliera entre gente bien nacida. El adoraba á su niña, sí señor. ¡Era la única! Mauricio, por otra parte, encarnaba el tipo que se forjase: intelectual, capaz de continuar su obra regeneradora en el periodismo:

muchacho de porvenir, laborioso, culto. Pero... Y aquí el director se detuvo, interrogándole sobre sus pretensiones.

Enterado por las frases balbucientes, tímidas, de una horrible timidez, de Villaescusa, de que no iban más allá del matrimonio, díjole que patrocinaba el proyecto, que vencería las repugnancias de su mujer, si éstas se ofrecieran; en suma, que la felicidad de María Luisa iba de por medio, y él, ante todo, ansiaba ver á su hija dichosa.

—Mas—añadió, y estas palabras grabáronse hondamente en la memoria de Mauricio—yo sé que tiene usted una queridilla por ahí... No me lo niegue. Al fin, no he de reprochárselo. Como usted comprende, necesito contar con una absoluta fidelidad para mi hija. Por lo tanto, le exijo que abandone en el término de tres días á esa chica. Partirá usted inmediatamente para Guadalajara, donde le he menester, y ya veremos más tarde...

No tuvo valor para protestar. La petición era justa. Entre conmovido y regocijado apretó la mano del viejo, en cuyas facciones, levemente ajadas, hubo de adivinar la lucha interna sostenida durante días. Y ahora estaba ahí, en mitad de la calle, aturdido, ignorante de la conducta que debía seguir.

Las seis y media serían por filo. A lo largo de las avenidas, los focos eléctricos encendíanse, esparciendo en torno un resplandor nivoso que agonizaba al fundirse en la claridad todavía intensa del crepúsculo. Las perspectivas lejanas se esfumaban sonrosadas por los reflejos del ocaso. Y reinaba un ruido ensordecedor, mareante, que aturdiría aun más al novelista. Culebreando por la acera iba á solas con sus pensamientos. Pronto se atenuó el júbilo que mostrase al principio; punzante tristeza le conmovía. Experimentaba la necesidad imperiosa de reflexionar, de escudriñarse á sí mismo.

No bien dobló la esquina del Colegio de Niñas, un vaho de incienso que salía por la puerta del templo le envolvió, y de súbito penetró en la iglesia elegante, de altas y blanquísimas bóvedas, de una blancura ambarrina de mármol viejo. Algunas devotas abandonaban el

sagrado recinto, santiguándose. Damas lujosas que, al arrodillarse, en un remolino de sedas, esparcían oleadas de suaves perfumes, oraban en los reclinatorios. En el fondo, junto al altar, una lamparilla parpadeaba en la misteriosa sombra que descendía de los altos ventanales.

Sentóse al extremo de un banco. Meditabundo, había hundido el rostro entre las manos. Iba á abandonar á Nita... ¿Por qué? Y en aquel instante la lucha interna, el choque de las ideas que iban y venían por su cerebro en confusión carnavalesca, le estremeció. La hora había llegado. Era menester dejar á la musa para seguir á la otra. Hacía tal fin hubo de encaminarse toda su vida pasada, y en el instante mismo de realizarle, retrocedía, espantado, acobardado, pretendiendo en vano acallar sus escrúpulos. Raudó voló el tiempo. Al cabo, la certeza de que no amaba á Nita, de que su pasión y su porvenir empujábanle hacia la otra, le tranquilizó. Por lo demás, imposible ser clemente: ó querida ó esposa. ¿Y por qué había de sacrificarse, vamos á ver, al amor de una muchacha que era tan buena como cualquiera otra, pero que constituía un serio obstáculo para su triunfo definitivo en la vida? ¿Cuántos había él encontrado en el mundo que tuvieron sus lios de juventud, y hoy eran personas graves, con mujer é hijos! Además, no se hallaba ligado á Nita por el lazo de la familia. ¿Qué cosa más fácil, pues, que romper sin miedo las débiles ataduras y vivir?...

Un tanto apaciguado ya aquello que solía llamar chubasco espiritual, dejó errar la mirada por el templo, impregnado de la calma ahí reinante. Parecían flotar, en el silencio, susurros de plegarias; el ambiente, pesado como las bóvedas, olía á incienso y á flores marchitas. Y hasta entonces hubo de apercibirse de que estaba solo. Momentos más tarde, al ver que el sacristán se detenía delante, mostrándole con un gesto significativo las llaves, se puso en pie. Rachas primaverales refrescaron sus sienes al salir.

Cuando subió al tren, su decisión era irrevocable. Terminaría aquella misma noche. Tan sólo el pensa-

miento de que una escena borrascosa habría de sobrevenir, espoleábale á provocarla. Alimentaba el propósito de ser brutal, rudo, á fin de ahogar cuanto antes sus amores con Nita. Mas ¡ay! su voluntad se doblegó, desapareció su fiereza no bien hubo de encontrarse ante la musa.

Halló la casa vacía. La lámpara del corredor balanceábase á impulsos del viento. Por la ventana abierta del estudio entraba la noche con sus rumores de misterio, con la claridad argentada de la luna, con los olores silvestres de los campos... Nita llegó á poco, envuelta en el rebozo de otro tiempo, seriucha y sonriente. Y como él se hubiera recostado en el diván, sentóse sobre sus piernas, echándole los brazos al cuello, diciéndole que se había demorado abajo. ¡Oh, si viera!... La casa de los Méndez estaba muy triste. Juanito había partido por la mañana, hacia las once. Nela no hacía más que llorar... Causaba lástima ver á aquella pobre gente.

Y se marchó luego, con una alegría ruidosa en fuerza de ser fingida; ondulantes las núbiles caderas; cruzando con gracia sobre su pecho las puntas del rebozo.

—¡Verás qué cena voy á darte, queridito mío! Lo que á ti te gusta: chícharos con mantequilla, carnero... ¡Ah! Y compré vino: un tinto riquísimo... Pero ¿qué te pasa? —dijo tornando á acariciarle, con una adorable mueca—. ¡Te veo tan callado desde hace días!...

—Nada absolutamente, Nita...—respondió, rechazando con timidez los brazos blancos.

Decidióse por fin á marchar, y tras una risita cristalina, le dijo:

—¿Me prometes estar contento hoy? Mira que una cena así pide caras alegres...

—Sí, sí... Anda, anda...

No bien cerró ella la puerta, Villaescusa, angustiada, incorporóse, mesándose los cabellos. ¡Dios santo! ¿era posible hacerlo? Si al menos ella se mostrase áspera... ¿Pero cómo responder á la dulzura con la rudeza; cómo apartarla de sí, tan cariñosa, tan suave; cómo

escapar de la jaula de oro en la cual sentía infinitas nostalgias?

Y como aquella noche, pasó la siguiente, precedida del largo cortejo de las horas diurnas. Vivía en una agitación continua, con los nervios excitados, el pensamiento errante, poseído de inmensa fatiga moral. Y era lo peor que no podía ver á María Luisa, hablar con ella para darse energías.

Impenetrable le parecía el rostro de don Luis Zayas; en la redacción acrecentáronse los cuchicheos y murmuraciones que desde hacía tiempo advertía. ¡Era muy extraño que el «niño mimado de Su Excelencia» no visitara la casa y acompañase á la heredera en sus paseos!

Una idea le iluminó entonces: si Nita mostrábase inabordable por el lado de la rudeza, ¿por qué no emplear las armas del convencimiento, ser franco, sincero con ella; infundirla resignación; despedirse de la musa como de una buena y angélica amiga?

Sus amorosas pupilas, su boquita pálida que besaba tanto, desarmáronle, sin embargo. Las primeras palabras con que pretendiera iniciar el discurso, se abogaron ante la actitud pasiva de la muchacha. Y en tal indecisión hubo de sorprenderle el tercer día, último del convenido plazo.

El director, que se hallaba en la redacción al llegar él, por la mañana, le escudriñó con ojos interrogadores. Mauricio apartó la mirada, confuso. ¿Qué hacer? ¿Pediría una prórroga? No; imposible. ¿Entonces?... Y ante aquella interrogación abierta en su destino, encaminóse hacia el pupitre donde escribía.

Abí, sobre la carpeta, descubrió una cartita pequeña, bien oliente.

Salió al pasillo, deseoso de evitar las miradas inquisidoras de los otros, y hubo de abrirla con mano trémula.

Era de María Luisa.

*
*
*

«Mauricio: No se imagina usted mis luchas en los días pasados. Hubo escenas terribles. Papá, no bien le despidió á usted, tuvo una explicación borrascosa conmigo. A pesar de sus prevenciones, logré convencerle. Es bueno, me quiere mucho, y cedió. Convinimos los dos en guardar el secreto; nada sabrá mi madre hasta el momento oportuno.

»¿Qué pasa? ¿Por qué no ha vuelto usted? Varias veces he salido al balcón, sin verle. En Plateros, en Chapultepec, cuando paseo con mamá, tampoco le encuentro.

»Creo adivinar un misterio. ¡Pero no! No quiero pensar en él. Estoy cierta de que vencerá todos los obstáculos para llegar á mí.

»Calme usted mi zozobra, y venga á ver pronto á su

»MARÍA LUISA.»

Temeroso de que alguien le sorprendiera, guardó apresurado la epístola. Tan sólo con pasear la mirada por aquel pliego de color de ámbar, perfumado, leyendo de prisa los caracteres finos, largos, de singular elegancia, se desvanecieron como por encanto sus escrúpulos. Resuelto á arrostrar lo que sobreviniera, comió en un restaurant modesto de los tiempos de bohemia, y al atardecer emprendió la marcha á San Angel.

Era la última jornada.

Bajo el cielo azul, de un azul fuerte, los campos tenían un verdor de esmeralda que se suavizaba allá lejos, en el horizonte donde la ondulada planicie se fundía con el espacio. Los copudos árboles, en las calzadas, mecían al viento sus penachos de hojas. Crecían y se enmarañaban como malezas en las cercas los rosales. Sobre el agua turbia y mansa de los arroyos que regaban los huertos, los sauces inclinaban sus ramas. Y sobre el oleaje de verdura desparramábanse los áureos destellos del sol, que descendía con lentitud hacia el poniente. Aquellos campos eran bellos, con la pujante belleza de Mayo, de la primavera llegada á su plenitud;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

eran alegres, con la alegría de sus árboles, de sus aguas y de sus flores; pero infundieron en el alma del novelista una melancolía hasta entonces nunca sentida. Iba á dejarles. No les vería más...

Al trasponer la verja, encontróse con Lupe. Ayudada por una modista, laboraba en su canastilla de bodas, en la fresca sombra del corredor invadido por aromas de azahar.

—¿Busca usted á Nita—interrogó luego de saludarle—. No está. Hace poco salió. En la parroquia puede encontrarla.

Mauricio caviló un instante, vacilando entre esperarla ó ir á su encuentro. Al cabo decidióse por lo último, y estrechando la diestra de la muchacha, partió. Con el deseo instintivo de alargar el camino, lejos de seguir el acostumbrado, por la plaza, hubo de enderezar sus pasos calle arriba, al abrigo del viejo muro conventual.

En la ruñosa fuente de la esquina, desgastado el brocal por los cántaros de diez generaciones, canturreaba el agua con apacible murmurio. Mozas de redondos brazos y morena tez, empinábanse sobre la lisa cantera, con un pronunciamiento exúbero de los muslos, hundiendo los cántaros. Torció á la derecha, por una callejuela empinada que limitaban cercados primitivos. Desde ahí descubriase el valle adormecido por el tramonto.

En las ramas de los arbustos entonaban las cigarras su canto estridente, y envolvíalo todo un dulce silencio, estremecido apenas por el fru fru de las hojas y el aleteo de los pájaros, espantados al pasó del viandante. De los tejados rojizos comenzaba á salir el humo del hogar, leve y lento, anublando la transparencia del aire. Una claridad nimbaba la alta cúpula de la parroquia, que sobresalía por encima del espeso arbolado.

Penetró por la centenaria puerta del atrio. Cruzó el umbral del templo. En la penumbra, se esfumaban los detalles platerescos de los altares. Una vieja, allá junto al presbiterio, rezongaba una oración. Al mirar hacía la capilla nueva, más luminosa que la vieja nave, con el rosa de capullo en sus muros, descubrió á Nita:

de rodillas ante el altar, la cabecita envuelta entre los pliegues del chal, permanecía inmóvil, bajo el claror que descendía de la alta cúpula, con la inmovilidad del creyente que ora, que pide... Mas detúvose en la puerta, sintiendo que la angustia comenzaba á poseerle. Después salió.

Errante por la soledad del atrio herboso, que circuían pesados muros, en cuyos intersticios azuleaban florecillas silvestres, contempló el crepúsculo. Tomó asiento al fin sobre la losa de una tumba, mirando cómo se extinguía en el poniente la franja de oro que el sol imprimiera á su paso. Fumaba, impaciente, echando á menudo ojeos al portón de la parroquia.

Ella apareció, mas no con sus andares garbosos. Iba meditabunda, como absorta aún en la plegaria, por la senda orillada de hierba. Al pasar junto á Villaescusa, le descubrió, y una onda de rubor empurpuró su semblante.

—¡Mauricio!

Confusa, permanecía de pie ante él.

—No me imaginaba encontrarte...

Cogióse de su brazo, y ambos emprendieron el retorno.

El novelista no se resolvía á hablarla del asunto en la calle. ¡No, no; qué atrocidad! Esperaría mejor que llegasen á casa, y ahí, donde nadie les oyera ni viese, daría comienzo á la faena que le abrumaba. Mudo, taciturno, arrastrábala casi en su andar vertiginoso. La pobre musa recobró poco á poco su sangre fría, y hubo de darse cuenta de lo extraño de tal encuentro. Mas no despegó los labios. Un sobresalto más grande que nunca sobrecogíala. ¿Qué iría á pasar aquella tarde, Dios bendito? ¿Había llegado la temida explicación?

Desfallecía de cansancio cuando, ya en la alcoba, se despojó del chal, dejando descubierta su cuerpecillo, que ceñía un fresco, un odorante vestido de gasa. Villaescusa entró en el estudio, pretendiendo en vano dominar la emoción que le hacía temblar de pies á cabeza, con un ligero castañeteo de los dientes. En la claridad difusa de la tarde, la Venus se erguía. Inquieto, hubo de pararse

en un rincón del cuarto, ante la librería. Pero su emoción alcanzó los límites del espanto al escuchar la clara voz de la amante á sus espaldas.

—¡Mauricio! ¡Mauricio! Ingrato y mil veces ingrato: ahora que me has dejado sola, me ocupé de plancharte en tu ropa. Mira: este saco está que ni nuevo.

Volvióse demudado, invadido por una sensación de temor, de vergüenza, de compasión, de rabia. Ella, á un paso de él, le mostraba la prenda. ¡Era otra muy distinta de la que sorprendiese al salir de la iglesia! Con una sonrisa en los labios, los brazos blancos asomando por entre los encajes de la manga, relucientes los ojos negros, invitaba al amor; era la musa tentadora, á un tiempo voluptuosa y casta, que pretendía aprisionarle entre sus redes de oro.

Tan intensa fué la palidez del rostro de Mauricio, que ella, dejando caer sobre un mueble el saco, se le acercó, interrogándole con un gesto.

—Sí, sí, tienes razón, Nita, de no encontrarme como siempre. Pero es tiempo ya... Quiero que hablemos serenamente, reposados, sin alterarnos, sin violencia, de un asunto... grave y serio.

Ahogábase la voz en su garganta. Las palabras, al salir de los labios, eran temblorosas y tímidas, por más que se revistiesen de cierta energía.

—Grave... ¿Por qué?—murmuró ella, baja la frente, no atreviéndose á mirarle.

Mauricio la hizo sentar en el diván á su lado.

—Nita... ¿tú me quieres?

Ella afirmó con la cabeza, sin levantar los ojos.

—¿Pero con un amor grande, fuerte, sin egoísmo, por encima de todas las pequeñeces de la vida?

—Sí...

Hondamente pensativa, dejaba vagar la mirada más allá de la ventana, por el cielo ensombrecido.

—Pues bien; si es así, yo te lo agradezco, y pongo mi porvenir en tus manos.

En seguida, con una fecundidad asombrosa para mentir, con una exuberancia de palabras que á él mismo le sorprendiera, desarrolló la fábula de días atrás

meditada. Don Luis Zayas quería elevarle, darle lo que merecía por sus trabajos, creándole una posición propia. Al efecto, ofrecíale la dirección de *El Siglo* en Guadalajara. Vaciló mucho antes de decidirse. La quería locamente á ella; la adoraba... Además, ¡eran tan dichosos en su casita, en la soledad del campo!

Tosió ruidosamente. Sentía un nudo en la garganta. Toda la facilidad del prólogo transformábase en obstáculo al exponer el nudo de la cuestión.

—Al fin—continuó—me he resuelto. Hay que sacrificarse para triunfar... Yo, aquí, nada haré jamás. Estoy condenado á un ostracismo inaguantable, que me tortura, que me mata en mis ilusiones más caras. Y acepté la proposición del director...

En el rostro de Nita se reflejó entonces un gesto de alivio.

—Has hecho bien—dijo casi sonriente—. ¿Y ese era el asunto grave? ¡Oh!... Pues yo iré contigo... ¡Si Guadalajara está á un paso, como quien dice! Y es una ciudad muy hermosa. Me volveré tapatía, ¡qué remedio!

—Ahí está, justamente, lo grave del asunto: en que no puedes acompañarme...

La musa palideció. ¿Por qué no? Ella le seguiría á todas partes. No reclamaba nada. Iría de cualquier modo, para que no la separasen de él. En un cuarto habría de vivir contenta, con pobreza, con hambre si era menester; pero á su lado, á su lado siempre... Y hablaba con un temblor de lágrima en el acento, implorando.

—No, Nita; es inútil. Me pides una cosa imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—No quiere el director...

Habiase levantado del diván, y tornó á sentarse, aturdida. Pasaron algunos instantes. Ambos permanecían mudos. Afuera, en el cielo, que comenzaba á poblarse de estrellas, cabrilleaban rayos de luna.

Nita murmuró:

—Pues si tú me pides ese sacrificio, inmenso, sí, inmenso, Mauricio, porque tú sabes que estoy sola en el

mundo, que á nadie tengo más que á ti; si tú me lo pides, estoy pronta á hacerlo... Pero ¿cuánto tiempo durará?

Villaescusa no contestó luego. Sentía en la tenue obscuridad las pupilas de ella clavadas en las suyas.

—No lo sé. Puede ser un año, dos... cinco...

Un grito agudo, estridente, rasgó el silencio del estudio. Nita, que hasta aquel momento quedase inóvil en el diván, abandonó su actitud pasiva. De un salto levantóse; se abalanzó sobre él, púsole las manos crispadas como garras sobre los hombros, sacudiéndole, arrojándolo, en un arrebató de desesperación y de dolor, del dolor que desgarraba á jirones su pobre organismo de histérica.

—¡Pero entonces lo que tú me propones es el abandono, el abandono brutal, innoble! Mientes, mientes mil veces al hablar del director... ¡Ah! yo lo sé todo. Yo he callado, yo he bajado la frente ante la humillación; lo he visto todo en tus ojos, en tus palabras... Tú quieres á otra mujer, y me despides, como se despide á la criada ó á la manceba que te ha saciado...

Su voz era ronca y lacrimosa. Por su faz enjuta rodaban las lágrimas, una á una. Y Mauricio, que experimentase el soplo de su hálito junto á su rostro, las sentía caer sobre sus manos, sobre sus ropas, á modo de manantial inagotable.

—No, Nita, no; yo no quiero á nadie; no, te equivocas...

—¡Y todavía, si amaras!—exclamó, mezclando feroz ironía á la sinceridad punzante de sus palabras—. ¡Pero no! Eres malo, eres hipócrita, eres canalla como todos... ¡Ah! Bien hacía mi padre en vivir solo... Estabas junto á una señorita rica, la tenías al alcance de tu mano, y la cogiste, sí, como se coge el oro, con avidez, con furor...

—No es verdad, no; te lo aseguro... Desconozco á la persona de quien hablas.

—No es necesario nombrarla. ¿Para qué?...

Rabiosa, poseída de aquella indignación que hacía evocar en ella viejas pasiones ancestrales, le echó á la

cara todo el lodo, todo el fango que le venía á las manos; cubrióle en un instante de insultos, de las palabras soeces de sílabas rudas que escuchara en boca de carreteros y mujerzuelas.

Villaescusa, tembloroso de enojo, de un enojo que rebasaba su propia timidez, no pudo resistir el oleaje de injurias. Tenía miedo de aquella hembra llorosa, babeante, que le sujetaba. Hizo un esfuerzo y se desasíó. Trémulo, hubo de atravesar el cuarto. ¡Mejor que mejor, sí! Iba á marcharse.

Mas á tiempo que cogía el sombrero, en la obscuridad de la alcoba, sintió la presión de dos brazos anudados á sus rodillas, y una voz suplicante, cortada por gemidos, que imploraba. No; no se iría. Que la perdonase, le amaba; era su sierva: una cosa puesta á su merced. Ella moriría. ¿Qué significaba la vida sin su Mauricio? Y le besaba en las rodillas, en los pies, con un hambre loca de caricias. Y luego, aquella onda de pasión desenfrenada fué subiendo, subiendo, hasta que los labios pálidos, helados, se unieron con los suyos en un largo beso, en un beso que no terminaba nunca. Y por las faces unidas, apretadas, el llanto corrió, corrió bañándolas, ahí, en la alcoba que recordaba las fiestas de amor, todo un jirón azul del cielo del pasado...

—¡Te amo! ¡Te amo!

Y Villaescusa creía hundirse en la ola invasora de aquel dolor. Su voluntad empezaba á desmayar, aplastada por el empuje de la de Nita; perdía las fuerzas, encadenado por aquellos brazos, por aquellos labios, por aquel cuerpo estremecido.

—No te vayas, no... ¡Te amo! ¡Te amo!

Había reclinado la frente sobre su hombro. La cabellera, deshecha, desenvolviase... Y repetía, repetía sin cesar la frase... Al oírla, sintiendo la pesadumbre del cuerpo de la musa, no pudo reprimir cierto asco de sí mismo. ¡Quería subir, sí; subir muy alto! No se equivocaba ella. ¿Acaso realmente experimentaba amor por la otra, ó era tan sólo la ambición la que le guiaba?

—No llores más, no, Nita; te lo suplico—murmuró maquinalmente.

Había cerrado la noche en el campo. Una tembladora claridad invadía la estancia. En el silencio, sonaban lúgubres las frases de consuelo del poeta, entrecortadas por el sollozo débil, cada vez más suave, de ella, que se extinguía.

—¿Me quieres, Mauricio?

—Sí, sí...

En tales palabras veía el artista una abdicación, y sin embargo, decíalas piadoso, desarmado, abandonándose a la corriente de amor que le arrastró, pobre espíritu enfermo de neurosis, debilitado desde la niñez por la Iglesia y la disciplina.

Comieron juntos en el comedor. Todas las luces estaban encendidas, desparramando en torno un fulgor apacible, tranquilo. Reanudábase la vida, después del brusco salto. Nita, con huellas de llanto en los ojos, sonreía. El charlaba, con fingida verbosidad, experimentando en el fondo una negra tristeza.

A las ocho comenzó la lluvia, una lluvia mansa, discreta, inesperada, de primavera. Las gotitas azotaban los cristales. Del jardín venía un rumor de hojas removidas. Mauricio, de pie un instante ante la ventana de la alcoba, contempló el campo encharcado, el cielo antes azul, con titilar de estrellas, y ahora negro. En la lejanía brillaban puntitos, y allá, muy distante, creía adivinar un resplandor áureo, que ascendía hasta fundirse en las sombras... Nita se aproximó al amante, reclinándose sobre su espalda, anudando a su cuello los brazos nítidos, frescos, con la frescura del agua. Iba ahora vestida con el peinador azul, de un azul muy pálido, tan tenue, que el poeta la sentía desnuda junto a sí.

—¿Sabes lo que me ocurre?—susurró—. Que leamos algunos capítulos de tu libro... No lo he hojeado hace mucho tiempo, ¡y es tan sabroso leer cuando llueve!...

Sentóse ella ante la mesa. La luz del quinqué, tamizada por la mariposa roja de seda, inundábala el rostro. Mauricio, recostado en el diván, de cara a la musa, la oía leer. La prosa elegante, colorida, brotaba de los femeniles labios con fluidez adorable. Nita leía sintiendo. Eran las estrofas del poema de sus amores, entonadas

en el día del triunfo. Y a medida que las páginas volteaban una a una, con imperceptible rumor, confundido al cabo con el de la lluvia, en el cerebro de Villaescusa desfilaron en procesión fantástica los acontecimientos a que diese origen la publicación de su primer libro. Añoraba sus días de victoriosos; los parabienes que recibiera; los apretones de manos; los artículos encomiásticos... Unos ojos de altivo mirar clavábanse en los suyos, y unas manos ensortijadas, en que el destellar de las piedras hacía más luminosa su blancura, se tendían hacia él con amor irresistible, señalándole el camino de la gloria, pretendiendo arrancarle a las miserias y viles pequenezes del vivir, para llevarle a un paraíso donde el amor era compatible con el arte. Allá atrás quedaba el ejército de los míseros que van a la conquista del pan, que luchan, que sufren; delante, los ricos, los felices, marchaban tranquilos, ahitos de satisfacciones y de amor, del amor sin sacrificio, sin miseria, sin el eterno problema del mañana... Y mientras la musa cantaba las delicias del idilio bohemio, sin otro ideal que el de una eterna embriaguez de belleza y de caricias, Mauricio remontábase más y más en su ensueño.

Suspiró. Honda angustia le poseía. Transportábase a la mañana siguiente. ¿Qué hacer? ¿Cómo justificarse ante don Luis? ¿Y aquel matrimonio imposible? ¿Y aquella chica burlada, no por falta de amor, sino por compasión excesiva? Y después, la miseria, el hambre... ¿Qué haría él, hombre inútil para el ordinario trabajo, obrero cuya labor no tenía demanda? A duras penas refrenaba la desesperación que le iba envolviendo. Experimentaba deseos de llorar, de llorar a gritos, como una mujer; de arrodillarse ante la amante y pedirle que le dejase ir, que no le precipitara a la catástrofe que su imaginación pintaba con sombríos tintes.

—¡Eh, Mauricio! ¿Te has dormido?

Se incorporó, asustado, restregándose los ojos. Nita, que cerrara el libro, interrogábale riendo locamente. Vino a sentarse a su lado, melosica, cariciosa, con un gesto ingenuo.

—¿Quieres? ¿Nos vamos a acostar?

Villaescusa quedó indeciso, con la mirada extraviada, inconsciente, como sonámbulo.

—No... Permíteme antes que escriba...

—Nada, nada... A la cama, señorítico mío. Mañana escribirá usted.

Y le arrastró como á un niño.

Bajo la claridad opalina de la lámpara, desnudóse. Era la Venus que surgía de entre la espuma de la muselina y de las ropas blanquísimas; sólo que una Venus más extenuada, más flaca, de muslos á medio formar, de redondos senos pequeñitos de chicle. Mostrábase con frío impudor, como hembra que conoce el poder de sus armas y lo ejercita.

Ya en la obscuridad, cuando en la habitación sólo se oía el blando secreteo de la lluvia, le buscó bajo de las sábanas aun frías... Mauricio se le entregaba mudo, sin un estremecimiento.

Nita, abrazada á él, se adormeció. Lentamente caía en el sopor que sigue á las grandes fatigas. Su respirar, imperceptible, dulce, apenas si se revelaba en una ligera ondulación del pecho. Y soñó, soñó que le tenía ya, que era suyo, que le había encadenado para siempre... Pasaron una, dos horas... ¿Qué significa el tiempo ante el sueño y ante la muerte?...

Despertó sobresaltada. Apretó los brazos; ofreció los labios... Sus labios y sus brazos encontraron el vacío... Nadie estaba allí. En la cama, sobre los colchones, conservábase aún la huella, todavía tibia... No tuvo fuerzas para gritar. Saltó del lecho; echóse encima la ropa que tenía á mano, y descalza, semidesnuda, sin una lágrima, con un hervir de sollozos en la garganta, huyó... Atravesó la pieza inmediata; por la puerta entornada salió al corredor, luego precipitóse por las escaleras, cruzó el jardín encharcado, hundiéndose en el barro sin sentirlo... La verja, abierta, dejaba ver la calle, fría y solitaria.

Corría, volaba, por la acera, cayéndosele las ropas, la cabellera deshecha que azotaba el viento, los ojos muy abiertos, estremecida, ahogada, loca.

Antes de que llegase á la esquina, el tren partió,

raudo, con crujir de ruedas y rechinar de goznes. Pero ella no se detuvo; apretó el paso.

Extática, apoyándose en el muro para no caer, le vió alejarse por la empinada calle, bajo los árboles mojados, que chorreaban... Había cesado la lluvia; en el cielo, entre nubes, la luna, lívida, esplendía. Muy distante, la lucecilla roja del tren empequeñecíase más y más, como inmóvil en las tinieblas...